

# DISCURSO DE ACEPTACION EN LA RECEPCION DEL PREMIO JERUSALEM

SIR ISAIAH BERLIN

Sir Isaiah Berlin O. M. es un filósofo e historiador de ideas, británico, y autor de libros y ensayos sobre estos y otros temas.

Tomado de Conservative Judaism, Vol - 33, Nº 2, 1980.

Está demás decir que estoy profundamente conmovido por este noble homenaje.

... Cuando la noticia de la adjudicación anual de este premio se hizo pública, el Israel Broadcasting Service me telefoneó a Oxford y el reportero me preguntó si era correcto decir que en mi formación tomaron parte tres tradiciones, las rusa, inglesa y judía. No sirvo para improvisar respuestas a preguntas inesperadas y me desconcerté por esta pregunta profundamente personal como para una respuesta coherente... Pero la pregunta persistió en mi mente y puesto que fue formulada merece ser respondida: trataré de hacerlo lo mejor posible.

Mi interés por las ideas, a lo largo de mi vida, lo debo, pienso, a mi origen ruso. Rusia es un país cuya historia moderna es una lección práctica del enorme poder de las ideas abstractas, aun cuando sean contradictorias, por ejemplo la poca importancia histórica de las ideas en comparación, digamos, con factores sociales o económicos. Los rusos tienen el genio singular de simplificar drásticamente los conceptos de otros y luego actuar sobre ellos: nuestro mundo ha sido transformado, para bien o para mal, por la sencilla aplicación rusa a la práctica de la teoría social occidental. Mi fascinación por las ideas y la confianza en su vasto y a veces siniestro poder, mi creencia de que salvo que estas ideas fueran comprendidas, los hombres pueden ser sus víctimas aún más que por las fuerzas incontroladas de la naturaleza o de sus propias instituciones, esta creencia se refuerza diariamente con lo que está pasando en el mundo. La Revolución francesa, la Revolución rusa, la democracia y civilización americana con su amplia influencia, los horrores de Hitler y Stalin, el surgimiento del Tercer y descolonizado mundo, el Islam y la creación del Estado de Israel, son todas éstas transformaciones de importancia mundial; sus efectos en modelar la vida de los hombres no son inteligibles sin un grado de conocimiento de la visión social, moral y espiritual incorporada en ellos, ya sea noble y humano o cruel y odioso, o su mezcla; siempre formidable, a menudo peligroso, fuerzas para el bien o el mal o ambas, eso es un elemento en mi concepto de historia y sociedad que debo, creo, a mi origen ruso.

La más antigua y obsesiva de estas visiones es quizá la de la sociedad perfecta en la tierra totalmente justa totalmente feliz, enteramente

racional: una solución final a todos los problemas humanos dentro del puño de los hombres, salvo algún obstáculo mayor, como ideas irracionales en las cabezas de los hombres, o guerra de clases, o los efectos destructivos del materialismo, o la tecnología occidental, o de nuevo las malas consecuencias de las instituciones-estado, iglesia o ciertas falsas doctrinas o una práctica perversa— una gran barrera, sin la cual el ideal podría realizarse aquí, abajo.

Se sigue que si todo lo que se necesita es la remoción de este gran obstáculo en la senda de la humanidad, ningún sacrificio puede ser demasiado, si solamente por estos medios puede alcanzarse la meta. Ninguna convicción ha causado más violencia, opresión, sufrimiento. El pregon de que el real presente debe sacrificarse a un ideal futuro realizable, es una exigencia que fue usada para justificar crueldades masivas. Herzen nos contó hace mucho tiempo que los sacrificios de objetivos inmediatos para fines distantes, el asesinato de cientos de miles para que cientos de millones puedan ser felices mañana, significa a menudo que cientos de miles son realmente asesinados, pero que la felicidad prometida a cientos de millones no está más cerca, está aún detrás de las montañas. Son actos de *fe-Autos de Fe*—que infligen miseria y represión salvaje en nombre de altos ideales, tienen el efecto de eliminar toda sensación de quienes las perpetran pero sin conducir al estado bendito como resultante y por el que se justifican los medios espantosos. Cuando todo está dicho y hecho, nunca estamos seguros —ni el más atinado de nosotros— de lo que es bueno para los hombres; al final sólo podemos estar razonablemente seguros de lo que estas peculiares sociedades de individuos anhelan: qué es lo que los hace miserables y qué hace para ellos la vida que sea digna de ser vivida.

La finalidad última de los hombres está a veces en pugna: no pueden ser evitadas a veces alternativas angustiosas y difíciles compromisos. Pero algunas necesidades son universales. Si podemos alimentar al hambriento, vestir al desnudo, ampliar el área de la libertad individual, combatir la injusticia, crear el mínimo de condiciones de una sociedad decente, si podemos producir un poco de tolerancia, de igualdad legal y social, si podemos proporcionar los métodos para resolver problemas sociales sin enfrentar a los hombres con alternativas intolerables, todo esto sería bastante. Estas metas son menos encantadoras, menos excitantes que las visiones deslumbrantes, las certezas absolutas de los revolucionarios; la juventud idealista prefiere una confrontación más dramática entre vicio y virtud, una opción entre verdad y falsedad, blanco y negro, la posibilidad de un sacrificio heroico en el altar de lo bueno y lo justo; pero los resultados de trabajar para aspiraciones humanas más modernas conducen a una sociedad más benévola y civilizada. La sensación de infalibilidad proporcionada por la fantasía es más excitante, pero genera locura tanto en las sociedades como en los individuos.

Un antídoto efectivo para la pasión intensa tan creativa en el arte, tan fatal en la vida proviene de la tradición del empirismo británico. Fue este sentido civilizado de la realidad humana, una calidad de vida basada en el compromiso y la tolerancia tal como se desarrolló en el mundo

británico, que pareció tan maravilloso a los hijos semiemancipados de los oprimidos y empobrecidos judíos de Europa central y oriental del siglo XIX. Me reconozco con influencia británica. Fui educado en Inglaterra y he vivido allí durante sesenta años; todo lo que fui, hice y pensé es indeleblemente inglés. No puedo juzgar imparcialmente los valores ingleses, porque son parte de mí mismo. Considero esto como la mayor buena suerte intelectual y política. Ellos son la base de lo que creo: que el respeto decente por los demás y la desavenencia con tolerancia es mejor que el orgullo y el sentido de una misión nacional; que la libertad puede ser incompatible con la demasiada eficiencia; que el pluralismo y el desaliño son para los que valoran la libertad, mejor que la rigurosa imposición de sistemas que abarcan todo, no importa cuánto de racional y desinteresados sean.

Todo esto es original y profundamente inglés y admito libremente que estoy empapado de ello, creo en ello y no puedo respirar libremente sino en una sociedad donde estos valores se consideran. Dijo Emanuel Kant: "Fuera del curvado maderamen de la humanidad ninguna cosa derecha fue nunca hecha." Y permitidme citar también las palabras del eminente físico germano judío, Max Born, que en una conferencia pronunciada en ocasión de recibir el premio Nobel, dijo: "Creo que ideas tales como la absoluta certeza, la absoluta exactitud, la verdad final etc. son ficciones de la imaginación que nunca deberían ser admitidas en ningún campo de la ciencia . . . la creencia en una única verdad y en ser el poseedor de ella es la causa de todos los males en el mundo." Estos son sentimientos profundamente británicos aun cuando llegan de Alemania, advertencias saludables contra la impaciencia, intimidación, opresión en nombre de una certeza absoluta, encarnadas en visiones utópicas. Dondequiera que haya en el mundo una sociedad tolerante, no impulsada por odios y extremismos, allí puede encontrarse la influencia benéfica de tres siglos de pensamiento británico empírico, no por desgracia en una buena parte de práctica británica. No pisotear a otro pueblo por muy difícil que sea, no es todo, pero es verdaderamente una gran obra.

En cuanto a mis raíces judías, son tan hondas, tan naturales para mí que no necesito identificarlas; se resuelven solas. No necesito aquí elaborar este punto ante esta asamblea. Pero debo decir. Nunca estuve tentado, a pasar de mi prolongada defensa de la libertad intelectual, que ustedes tuvieron la amabilidad de mencionar, de estar cerca de los que en su nombre, rechazan la adhesión a una nación particular, a una comunidad, cultura, tradición, lenguaje, los "millares de cables no desarrollados", que unen al hombre en grupos identificables. Esto me parece noble pero ilusorio. Cuando los hombres se quejan de soledad, lo que quieren decir es que nadie comprende lo que están diciendo: ser comprendido es compartir un pasado común, sentimientos y lenguajes comunes, suposiciones comunes, posibilidad de comunicación íntima, en resumen participar en formas de vida comunes. Esta es una necesidad humana esencial, negarla es un sofisma peligroso. Estar aislado en un ambiente familiar es marchitarse. Dos mil años de historia no han sido

más que un simple anhelo de regreso, dejar de ser extraños en todas partes; mañana y noche los exiliados rezaban por la renovación de los días de antaño —ser de nuevo un pueblo viviendo vidas normales en el propio suelo— única condición en que la gente puede vivir sin inclinarse y realizar plenamente su potencial, lo que no se puede hacer estando en permanente minoría y peor aun en minoría en todas partes sin una base nacional. La prueba del efecto mutilante de tal situación puede verse, aunque negada a veces por las propias víctimas, en todas partes del mundo. Crecí con la clara concepción de este hecho; lo que me hizo fácil entender una privación semejante en el caso de otros pueblos, minorías o individuos. Críticas como las que hice del Iluminismo y de su falta de afinidad para con los lazos emocionales entre miembros de razas y culturas y su idealista pero vacío internacionalismo doctrinario, brotan en mi caso de la sensación casi instintiva de las propias raíces —raíces judías en mi caso— la hermandad del sacrificio común, totalmente diferente de una búsqueda de una gloria nacional, y un sentido de fraternidad, quizá más real entre las masas de pobres y deprimidos sociales, especialmente mis antecesores, los pobres pero alfabetos y socialmente cohesivos judíos de Europa oriental, algo que creció transparente y abstracto en el Occidente, donde pasé mi vida.

Estas son las tres hebras sobre las que me interrogó el reporter de la radio de Israel; hice lo mejor que puede para responder a su pregunta. Las mismas hebras que me hacen feliz encontrarlas ampliamente dispuestas en la textura de los judíos de Israel. Siendo lo que soy, cómo puedo aspirar a un honor mayor o motivo de felicidad que el que se me acuerda tan generosamente en un acto de reconocimiento en Jerusalem, capital de un estado que, apenas debo decirlo, significa para mí y para judíos como yo en todas partes, más que lo que ningún otro lugar o institución humana nunca hizo. Muchas gracias por el regalo más extraordinario que jamás recibí.